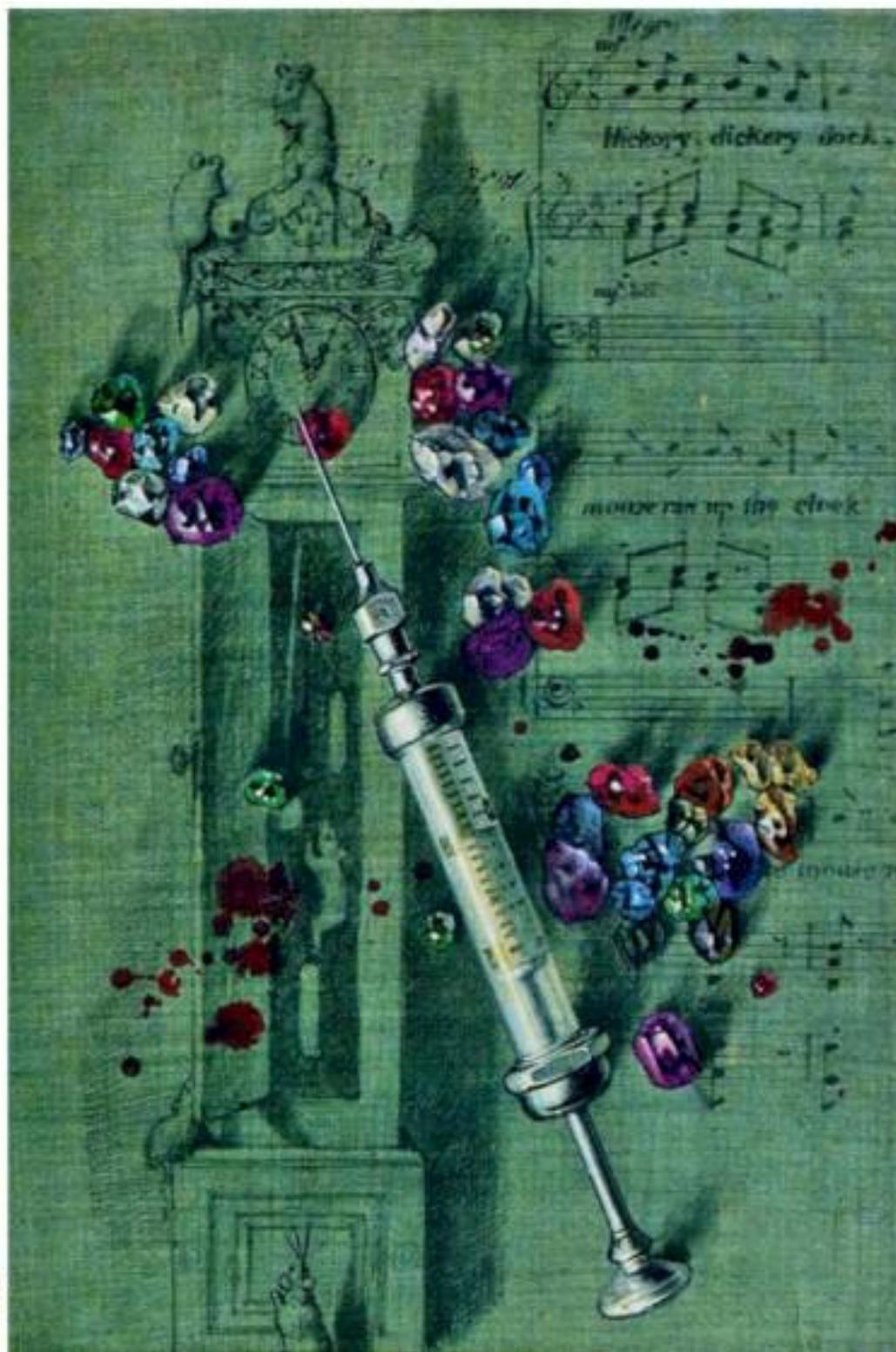


AGATHA CHRISTIE | ASESINATO EN LA CALLE HICKORY

Selecciones de Biblioteca Oro



La eficientísima secretaria de Hércules Poirot, Miss Lemon, llega excesivamente atrasada y comete algún error. El motivo de su nerviosismo tiene relación con un problema que atañe a su hermana, señora igualmente eficiente que lleva una pensión para estudiantes extranjeros situada en la calle Hickory. Hacía algunos meses que ocurrían hechos extraños y desagradables que la Sra. Hubbard no conseguía administrar adecuadamente: robos y actos de vandalismo inexplicables.

Poirot decide ayudar a la Sra. Hubbard, pero se siente inmediatamente confuso, en medio de tantas situaciones aparentemente independientes unas de otras. El problema se agrava cuando ocurre un asesinato.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AKIBOMBO: Estudiante negro.

ALÍ Achmed: Estudiante egipcio.

AUSTIN Celia: Trabaja en un dispensario.

BATESON Leonard: Joven pelirrojo muy corpulento, estudiante de Medicina.

COBB: Sargento de policía.

CHAPMAN Nigel: Estudiante de Historia, delgado y de carácter irascible.

ENDICOTT: Abogado.

FINCH Sally: Estudiante americana; pelirroja.

HALLE René: Estudiante francés.

HOBHOUSE Valerie: Joven morena, empleada en un salón de belleza.

HUBBARD: Hermana de la señorita Lemon.

GERONIMO: Criado italiano, esposo de la cocinera María.

JOHNSTON Elizabeth: Estudiante de las Antillas.

GEORGE: Mayordomo de Poirot.

LAL Chandra: Estudiante indio.

LANE Patricia: Estudiante de Arqueología.

LEMON Felicity: Secretaria de Hercules Poirot.

MACNABB Colin: Psiquiatra.

MARIA: Cocinera italiana.

MARICAUD Geneviève: Estudiante francesa.

NICOLETIS: Dama griega, propietaria de una pensión para estudiantes.

POIROT Hercules: Detective belga.

RAM Gopal: Estudiante indio.

SHARPE: Inspector de policía.

TOMLINSON Jean: Una rubia, estudiante en el hospital de Santa Catalina.

Capítulo I

Hercules Poirot frunció el ceño.

—Señorita Lemon —dijo.

—¿Diga, señor Poirot?

—En esta carta hay tres equivocaciones.

En el tono de su voz había un acento de incredulidad, ya que la señorita Lemon, aquella mujer falta de atractivos, pero eficiente, jamás cometía errores. No estaba nunca enferma, cansada, contrariada ni incorrecta. Es decir, en el aspecto práctico no era una mujer... sino una máquina: la perfecta secretaria. Ella lo sabía todo y lo resolvía todo. Gobernaba la vida de Hercules Poirot de modo que también funcionara como una máquina. Orden y método fueron el santo y seña de Hercules Poirot durante muchos años. Con George, el perfecto mayordomo, la señorita Lemon, la perfecta secretaria, el orden y el método rigieron siempre su vida. Y ahora que los bollos para el té tenían forma cuadrada en vez de redonda, no podía quejarse de nada.

Y no obstante, aquella mañana la señorita Lemon había cometido tres errores al escribir a máquina una carta sencillísima y, lo que es más, ni siquiera se había dado cuenta de ello, ¡y los planetas seguían su curso!

Hercules Poirot agitó el documento infamante. No estaba disgustado, sino simplemente asombrado. Aquella era una de esas cosas que no pueden ocurrir... ¡pero que había ocurrido!

La señorita Lemon cogió la carta y Poirot la vio enrojecer por primera vez en su vida con un rubor que tiñó su ros-

tro hasta las raíces de sus cabellos grises e hirsutos.

—Dios mío —exclamó—. No sé cómo ha sido... vaya, sí que lo sé. Ha sido por culpa de lo de mi hermana.

—¿Su hermana?

Otra sorpresa. Poirot no había imaginado nunca que la señorita Lemon tuviera una hermana, o unos padres, o tan siquiera abuelos. La señorita Lemon era una máquina tan completa... un instrumento tan preciso... que se hacía difícil pensar que pudiera tener afectos, ansiedades o preocupaciones familiares. Era bien sabido que la señorita Lemon, fuera de las horas de trabajo, se entregaba en cuerpo y alma al perfeccionamiento de un nuevo sistema de archivo que iba a ser patentado a su nombre.

—¿Su hermana? —repitió por lo tanto Hercules Poirot con una nota de incredulidad en su voz.

La señorita Lemon asintió con gesto enérgico.

—Sí —repuso—. No creo que le haya hablado nunca de ella. Prácticamente ha pasado toda su vida en Singapur. Su esposo se dedicaba a la explotación del caucho.

Hercules Poirot asintió con aire comprensivo. Le parecía muy apropiado que la hermana de la señorita Lemon hubiera pasado toda su vida en Singapur. Para eso existían los lugares como Singapur. Las hermanas de las mujeres como la señorita Lemon se casaban con hombres de negocios de Singapur para que las señoritas Lemon pudieran dedicarse a atender los asuntos de sus jefes con cartas para hacer a máquina (y, desde luego, a inventar sistemas de archivo en sus ratos libres).

—Comprendo —dijo—. Siga usted.

Y la señorita Lemon continuó:

—Se quedó viuda hará unos cuatro años. No tiene hijos, y yo conseguí encontrarle un pisito pequeño, de alquiler razonable... (Claro que sólo una señorita Lemon podía conseguir semejante cosa).

—Cuenta con una posición razonable... aunque ahora el dinero no valga lo que antes, pero sus gustos no son caros

y tiene lo suficiente para vivir cómodamente si tiene cuidado.

La señorita Lemon hizo una pausa antes de continuar:

—Pero la verdad es que se encontraba sola. Nunca ha vivido en Inglaterra y no teniendo viejas amistades disponía de mucho tiempo para aburrirse. De modo que hará unos seis meses me comunicó que pensaba aceptar un empleo.

—¿Un empleo?

—Sí, de directora creo que le llaman, o patrona de una Residencia de Estudiantes. La propietaria era una mujer griega, y deseaba que alguien regentase la Residencia en su lugar. Cuidar de la despensa y de que todo marchara sobre ruedas. Es una casa antigua..., está en la calle Hickory, no sé si la conocerá usted.

Y desde luego Poirot lo ignoraba.

—Antes era un barrio distinguido y las casas están bien construidas. Allí mi hermana podría disponer de un buen dormitorio, saloncito y un pequeño cuarto de baño con una cocinita para ella sola...

La señorita Lemon hizo otra pausa, y Poirot la miró para alentarla, ya que hasta el momento aquello no parecía precisamente una tragedia.

—Yo no estaba muy segura, de si sería conveniente que aceptara, pero al fin comprendí los argumentos de mi hermana. Nunca ha sido mujer para estarse todo el día con los brazos cruzados, es muy práctica y sabe dirigir... y, desde luego, no tenía que arriesgar dinero ni nada por el estilo. Era puramente un empleo retribuido..., el sueldo no era muy elevado, pero ella no lo necesitaba, y no exigía gran trabajo físico. Siempre le han agradado las personas jóvenes, y habiendo vivido tanto tiempo en el Este comprende las diferencias de raza y las susceptibilidades de la gente. Porque los estudiantes de esta Residencia son de todas las nacionalidades; la mayoría inglesa, pero creo que hay también algunos negros.

—Es natural —repuso Hercules Poirot.

—Hoy en día, la mitad de las enfermeras de nuestros hospitales son negras —continuó la señorita Lemon— y tengo entendido que resultan mucho más agradables y atentas que las inglesas. Pero me estoy apartando de la cuestión. Estuve discutiendo el asunto con mi hermana y al fin aceptó. Ninguna de las dos apreciamos mucho a la propietaria, la señora Nicoletis, mujer de temperamento incierto, unas veces encantadora, y otras, lamento decirlo, todo lo contrario... y además con poco sentido práctico. De haber sido una mujer competente no hubiera necesitado ayuda. Mi hermana no se deja impresionar por las intemperancias y extravagancias de nadie. Sabe llevarse bien con cualquiera y no soporta las tonterías.

Poirot asintió, y por la descripción de la señorita Lemon iba formando en su mente una imagen de la hermana de su secretaria... una señorita Lemon dulcificada por el matrimonio y el clima de Singapur, pero al mismo tiempo una mujer con el mismo sentido común y entereza.

—¿Su hermana aceptó el empleo? —le preguntó.

—Sí. Se trasladó, al número veintiséis de la calle Hickory hará unos seis meses, y en conjunto le agradó su trabajo, encontrándolo interesante.

Hercules Poirot seguía escuchando. Hasta entonces las aventuras de la hermana de la señorita Lemon resultaban insustanciales.

—Pero desde hace algún tiempo está muy atormentada. Terriblemente atormentada.

—¿Por qué?

—Pues verá usted, señor Poirot, no le gustan las cosas que están ocurriendo.

—¿Hay estudiantes de ambos sexos? —preguntó Poirot con delicadeza.

—¡Oh, no, señor Poirot, no me refiero a eso! Uno siempre está preparado para esta clase de contratiempos, casi son de esperar. No, ¿sabe usted?... han estado desapareciendo cosas.

—¿Desapareciendo?

—Sí. Y unas cosas tan extrañas... y de una manera tan poco natural.

—Al decir que han estado desapareciendo cosas, ¿se refiere a que fueron robadas?

—Sí.

—¿Avisaron a la policía?

—No. Todavía no. Mi hermana espera que no sea necesario. Aprecia a esos jóvenes... es decir, a algunos de ellos, y a fin de no agravar la cuestión, preferiría arreglar las cosas por sí misma.

—Sí —dijo Poirot, pensativo—; lo comprendo. Pero eso no explica, si me permite decirlo, su propia inquietud, que yo he tomado por un reflejo de la preocupación de su hermana.

—Me desagrada esta situación, señor Poirot. No me gusta nada. Me es imposible sustraerme a la idea de que está ocurriendo algo que no comprendo. Los hechos no parecen tener explicación lógica...

Poirot asintió con aire pensativo.

El punto flaco de la señorita Lemon habla sido siempre su imaginación. Carecía de ella por completo. En los interrogatorios sobre hechos concretos era invencible, pero en las conjeturas se veía perdida.

—¿Se trata de hurtos insignificantes? ¿Obra de un cleptómano tal vez?

—No lo creo. Leí algo sobre ese tema en la Enciclopedia Británica, y en un libro de medicina —dijo la sensata señorita Lemon—. Pero no quedé convencida.

Hercules Poirot guardó silencio durante todo un minuto y medio.

¿Deseaba explicarse la razón de las preocupaciones de la hermana de la señorita Lemon e imaginarse las pasiones y disgustos que puedan tener por escenario una pensión políglota? Era muy molesto que la señorita Lemon cometiera errores en sus cartas, y se dijo que si se entrometía en

aquel asunto sería por aquella razón. No quiso admitir que había estado preocupadísimo últimamente, y que la misma trivialidad del caso era lo que le atraía.

—El perejil se hunde, en la mantequilla en un día caluroso —murmuró para sí.

—¿Perejil? ¿Mantequilla? —La señorita Lemon le miró extrañada.

—Es una cita de uno de nuestros clásicos —dijo—. Usted sin duda alguna conocerá las aventuras, las hazañas de Sherlock Holmes.

—¿Se refiere a la calle Baker y todo eso? —replicó la señorita Lemon—. ¡Los hombres mayores son tan tontos! Pero así son todos. Igual que las locomotoras de juguete con que siguen jugando. No puedo decir que haya tenido tiempo de leer ninguna de esas historias. Cuando tengo tiempo para leer, lo cual no ocurre a menudo, prefiero otra clase de libros.

Hercules Poirot inclinó la cabeza graciosamente.

—¿Qué le parecería señorita Lemon, si invitara a su hermana a tomar alguna cosa... tal vez el té de la tarde? Quizá yo pudiera prestarle alguna ayuda.

—Es usted muy amable, señor Poirot. Muy amable. Mi hermana tiene todas las tardes libres.

—Entonces, mañana... si puede usted arreglarlo.

Y a su debido tiempo el fiel George recibió instrucciones para preparar una merienda de bocadillos simétricos, bollitos cuadrados y con mucha mantequilla, y otros complementos de un espléndido té inglés.

Capítulo II

La hermana de la señorita Lemon, cuyo nombre era señora Hubbard, tenía un marcado parecido con ella. Era más rolliza, de tez amarilla, e iba peinada con coquetería, siendo menos brusca en sus ademanes. Pero los ojos que le contemplaban desde aquel rostro redondo y amable tenían la misma astuta mirada que los de la señorita Lemon detrás de los lentes de pinza.

—Es usted muy amable, señor Poirot —le decía en aquel momento—. Muy amable. Creo que he comido más de lo que debiera... bueno, tal vez otro bocadillo... ¿Té? Bueno. Sólo media taza. Es un té delicioso.

—Primero —dijo Poirot— terminemos de merendar... y luego hablaremos.

Y sonriendo amistosamente se retorció el bigote mientras la señora Hubbard respondía:

—¿Sabe que resulta usted exactamente igual a como le había imaginado por la descripción de Felicity?

Al cabo de un momento de extrañeza, Poirot comprendió que Felicity era el nombre de la severa señorita Lemon, y respondió que no hubiera esperado menos, dada la eficiencia de su secretaria.

—Desde luego —dijo la señora Hubbard, cogiendo otro bocadillo—. Felicity nunca se ha molestado por los demás. Yo sí. Y por eso estoy angustiada.

—¿Puede explicarme exactamente qué es lo que le preocupa?

—Sí. Sería muy natural que se llevaran dinero... pequeñas sumas... un poco aquí, otro de allí... Y si se trata de joyas lo encontraría lógico; no es que quiera justificarlo..., pero sería lógico, un signo de cleptomanía o mala fe. Pero voy a leerle una lista de las cosas que fueron robadas, y que he anotado en un papel.

La señora Hubbard abrió su bolso, del que extrajo una pequeña libreta de notas. Leyó la lista:

Un zapato de noche (de un par recién estrenado).
Una pulsera (de bisutería).
Un anillo con un brillante (que fue encontrado en un plato de sopa).
Polvos compactos.
Un lápiz para labios.
Un estetoscopio.
Unos pendientes.
Un encendedor.
Unos pantalones viejos de franela.
Bombillas eléctricas.
Una caja de bombones.
Una bufanda de seda (que se encontró hecha pedazos).
Una mochila (ídem).
Ácido bórico.
Sales de baño.
Un libro de cocina.

Hercules Poirot exhaló un profundo suspiro.

—Curioso —dijo—, y muy... muy atrayente.

Y como absorto en sus pensamientos miró el rostro severo y ceñudo de la señorita Lemon y luego el amable y preocupado de la señora Hubbard.

—La felicito —dijo con calor, dirigiéndose a esta última.

—Pero, ¿por qué, señor Poirot?

—La felicito por tener un problema bonito y único.

—Bueno, para usted tal vez tenga sentido, señor Poirot, pero...

—Para mí no lo tiene en absoluto. Y sólo me recuerda un juego al que me obligaron a jugar unos amigos jóvenes durante las vacaciones de Navidad. Creo que se llamaba La Dama de los Tres Cuentos. Cada persona, por turno, decía la siguiente frase: «Fui a París y compré...», agregando algún artículo. La siguiente lo repetía añadiendo otro, y el objeto del juego era recordar los artículos en el orden que eran enumerados. Algunos de ellos debo confesar que eran ridículos. Una pastilla de jabón, un elefante blanco, una mesa con patas de madera, un ánade americano..., la dificultad en recordarlos residía, claro está, en la diversidad de objetos y en que éstos no tuvieran relación alguna entre sí. Y cuando se habían mencionado una docena resultaba casi imposible enumerarlos en el orden debido. Cada equivocación se castigaba con un cuerno de papel y el participante debía continuar el recitado la vez siguiente diciendo: «Yo, una dama con un cuerno, fui a París», etcétera. Cuando se tenían tres cuernos se perdía el juego y el último que quedaba era el ganador.

—Estoy segura que debió ganar usted, señor Poirot —dijo la señorita Lemon con la acostumbrada devoción de una empleada leal.

Poirot se sintió halagado.

—Pues sí, gané yo —repuso—; y con los más diversos objetos que puede usted imaginar, y gracias a un truco ingenioso, que es éste: uno se dice mentalmente «Con una pastilla de jabón lavé a un gran elefante blanco de mármol blanco que estaba sobre una mesita con patas de madera...», etcétera, etcétera.

La señora Hubbard dijo con respeto:

—Tal vez pueda hacer lo mismo con esa lista de cosas.

—Sin duda alguna. Una señora con un zapato en el pie derecho se coloca la pulsera en el brazo izquierdo. Luego

se pone polvos y se pinta los labios, y al bajar a cenar se le cae el anillo en la sopa, etcétera... De este modo podría recordar toda su lista; pero no es eso lo que buscamos. ¿Por qué fue robada una colección de objetos tan diversos? ¿Se esconde algún propósito detrás de todo esto? ¿Alguna idea fija? Primeramente tenemos que proceder al análisis. Lo primero que hay que hacer es estudiar la relación de objetos con sumo cuidado.

Se hizo un silencio mientras Poirot se aplicaba al estudio. La señora Hubbard le observó con la atención de un niño que contempla a un malabarista esperando ver aparecer un conejo o cintas de colores. La señorita Lemon, sin impresionarse, se dispuso a considerar las características de su sistema de archivo.

Cuando al fin habló Poirot, la señora Hubbard pegó un respingo.

—Lo primero que me sorprende es esto —dijo el detective—. De todas las cosas desaparecidas, la mayoría son de escaso valor (el de algunas es casi nulo) con la excepción de dos... un estetoscopio y un anillo con un brillante. Dejando el estetoscopio aparte, de momento quisiera concentrarme en particular en el anillo. Usted dice que era de valor... ¿De cuánto?

—Pues... no sabría decirlo exactamente. Era un solitario con un pequeño grupo de diamantitos en la parte de arriba y en la de abajo. Había sido el anillo de prometida de la madre de la señorita Lane, según tengo entendido. Tuvo un gran disgusto cuando desapareció, y todos nos alegramos cuando fue encontrado aquella misma noche en el plato de sopa de la señorita Hobhouse. Todos pensamos que se trataba de una broma de mal gusto.

—Y eso puede haber sido. Pero yo considero que el robo del anillo y su devolución son significativos. Si desaparece un lápiz para los labios, una polvera, o un libro... no es motivo suficiente para llamar a la policía. Pero si se trata de

un anillo de brillantes, es distinto. Cabe la posibilidad de que se dé parte a la policía y por eso lo devolvieron.

—Pero, ¿por qué cogerlo para devolverlo luego? —preguntó la señorita Lemon.

—Por el momento dejaremos las preguntas —replicó Poirot—. Ahora estoy ocupado en clasificar estos robos, y he empezado por el anillo. ¿Quién es esa señorita Lane a quien le fue robado?

—¿Patricia Lane? Es una joven muy simpática que estudia para diplomarse, o como lo llamen, en Historia, Arqueología o algo por el estilo.

—¿Goza de buena posición?

—Oh, no. Tiene algo de dinero, pero siempre vigila sus gastos. El anillo, como ya le he dicho, pertenecía a su madre. Tenía una o dos joyas bonitas, pero no se hace muchos vestidos nuevos y últimamente ha dejado de fumar.

—¿Cómo es? Descríbame la a su modo.

—Pues creo que es mestiza. De aspecto limpio y pulcro, tranquila y educada, pero no tiene un temperamento animado. Es lo que podríamos llamar una... bueno, una chica muy formal.

—Y la sortija apareció en el plato de la señorita Hobhouse. ¿Quién es la señorita Hobhouse?

—¿Valerie Hobhouse? Es una muchacha morena e inteligente que tiene una manera de hablar muy sarcástica. Trabaja en un salón de belleza. En «Sabrina Fair»... supongo que lo habría oído nombrar.

—Y esas dos jóvenes, ¿son amigas?

La señora Hubbard reflexionó unos instantes.

—Yo creo que sí. No tienen mucho que ver la una con la otra. Patricia se lleva bien con todo el mundo, sin ser precisamente simpática ni nada de eso. Valerie Hobhouse tiene enemigos por su lengua... pero va tirando, no sé si me comprende.

—Creo que sí —replicó Poirot.